

GUAPAS, LISTAS Y VALIENTES

Beatrice Masini

La niña de  
los pies grandes



## Prólogo

Se puede decir que el prólogo de esta historia está ya contenido en el título: había una niña que tenía los pies grandes. Si fuera una niña de nuestro tiempo y de nuestro entorno, podríamos decir que tenía ocho años y que ya calzaba un treinta y ocho, que es el número que puede calzar una mujer adulta. Pero como esta historia ocurre en un tiempo que no es el nuestro y en un



lugar donde las medidas eran diferentes a las que usamos nosotros, podemos decir, como decían en su casa, que tenía ocho años y sus pies medían una «pértiga». Está claro que se trata de una forma de hablar, porque ya sabemos que la pértiga es una vara larga, una palabra perfecta para hacernos una idea.

Además de los pies largos como pértigas, la niña también tenía un nombre: se llamaba Menta.

Ahora que ya hemos aclarado estas cosas, podemos conocer su historia. Tener dos pies enormes puede ser un

gran problema, aunque no necesariamente. Pueden ser incómodos y causar molestias, pero, también, útiles para vivir un montón de aventuras.

## CAPÍTULO 1

*En el que vemos a Menta  
en su vida diaria, complicada  
por sus pies grandes*

**M**enta era una niña alegre, tenía el pelo corto y rizado y llevaba unas gafitas verdes. Era de estatura media y peso medio y tenía tan solo una peculiaridad, que ya conocemos y que a veces le traía problemas.

Por ejemplo, Menta apenas participaba en los juegos en el patio del colegio, tampoco se reunía por las tardes con los otros niños, si para

jugar tenía que correr, porque se tropezaba a menudo; era como intentarlo con esquís, algo que normalmente no se hace, a no ser que uno sea inexperto.

Es verdad que tropezaba de todos modos, incluso cuando caminaba: siempre que se olvidaba de sus pies, que se paraba a pensar en otras cosas o que se distraía, de inmediato un pie terminaba cruzado sobre el otro, y ¡paf!, se daba de bruces en el suelo.

Las gafitas verdes que llevaba eran muy gruesas, precisamente para evitar que se le rompieran en cada caída.

Sin embargo, solía arañarse las rodillas, y hacerse heridas. Por eso, para evitar tenerlas siempre doloridas, Menta llevaba unas finas rodilleras,



como las que usan las chicas que juegan al voleibol.

En sus caídas también solía hacerse heridas en los codos. Mientras las rodilleras las ocultaba bajo el vestido y no se veían, las coderas sí, por lo que la mayor parte de las veces las dejaba en casa, con el resultado desastroso de que sus codos sufrían muy a menudo los peores golpes.

Largos pies paralelos como esquís, rodilleras bajo el vestido que la obligaban a andar con las piernas un poco separadas, las manos en los codos, la derecha en el izquierdo, y la izquierda en el derecho, para protegerse las heridas, en fin, a veces ver a Menta era como asistir a un divertido espectáculo.

Era un espectáculo, por ejemplo, ver a Menta en la escuela de *ballet*. Su madre la había apuntado porque todas las niñas iban a clase de danza o de gimnasia rítmica.

Para empezar, no había bailarinas de su número, y el zapatero se las tuvo que hacer a medida. Y, además, no había manera de domar sus largos pies, someterlos a las difíciles posturas del *ballet*, conseguir que fueran obedientes



y dóciles: parecía que tuvieran vida propia, que se movían a su antojo. Por eso, en las clases de *ballet* se tropezaba y se caía incluso con más frecuencia que en su vida normal.

La profesora, que era muy comprensiva, intentaba no darle importancia a esos accidentes, pero sus compañeras se reían de ella; eso sí, con gracia, como hacen las bailarinas de verdad, ocultando las risitas con la mano.

Menta no les hacía caso. Tenía el corazón ligero como un globo y por eso los comentarios malévolos de los otros niños no la herían. Siempre que se caía se volvía a levantar y sabía dar a las cosas su justa importancia, e incluso reírse de sí misma: sabía que tenía



sentido del humor y que podía resultar muy simpática. Era alegre, divertida y generosa.

Su verdadera preocupación eran sus padres. Obsesionados por este asunto de los pies largos, convencidos de que le causarían cada vez más problemas (porque sus pies no dejaban de crecer), y de que cuando fuese mayor tendría dificultad para relacionarse si seguía teniendo los pies largos (pues nadie querría ir a su lado si cada vez era más torpe y patosa) no hacían otra cosa que llevarla de médico en médico para dar con algún remedio que encogiera sus pies, o al menos detuviera o frenara su crecimiento.

Y Menta, pacientemente, dejaba que le pusieran cremas malolientes,

que le vendaran los pies con vendas impregnadas en aceites pegajosos, que le dieran masajes con pomadas que le irritaban la piel. Y todo porque entendía que sus padres lo hacían por su bien, con la mejor intención.

Había intentado explicarles que ella se sentía bien así, pero, como no conseguía que la entendieran, había renunciado a seguir intentándolo.

Un día, una extraña mujer, toda vestida de negro, sugirió que durmiera



con la cabeza hacia abajo para evitar el crecimiento de los pies. Y Menta tuvo que dormir durante todo un mes en esa postura, apoyando la espalda en una colchoneta que a su vez se apoyaba en la pared, antes de que su familia se diera cuenta de que no servía de nada.

En otra ocasión, un médico oriental había sugerido una práctica que se hacía en su tierra en la antigüedad: propuso que Menta doblara los dedos de los pies hacia abajo y los vendara muy fuerte, de modo que con el tiempo se quedaran doblados bajo la planta. Así reduciría su longitud.

Entonces Menta fue menos paciente y se negó a hacerlo. Pero cuando,



finalmente, tras la enésima consulta, mientras se vestía, escuchó al profesor susurrarle a sus padres: «Sugiero la solución quirúrgica», se dijo a sí misma que todo aquello había llegado demasiado lejos. Sabía muy bien lo que quería decir «solución

quirúrgica»: operación, bisturí, vendas, puntos y dolor, y no tenía ninguna intención de dejarse someter a una tortura semejante.

Tomó entonces la única solución que creyó posible: escapar de casa.